

ARCADI ESPADA

Una ciudad es como un hombre: dadle dinero y salud, ambición —es decir, largas horas previas de tedio—, una cierta memoria de sí misma

después de medio milenio toda ciudad es responsable de su rostro, dadle cronistas que la fijen y la escriban y es enteramente probable que todo ello baste para ejercer un momento de seducción, más o menos duradero. "Yo he conocido una Rambla la del 1917-18 —literalmente saturada de tabaco de La Habana (el oro circulaba y la peseta tenía prima sobre las monedas más fuertes de la tierra), entibiada en el ruido de los duros de plata; olorosa de una cocina nocturna grasa, densa, apetitosa: con alcoholes a mano, de gran calidad, absolutamente diferentes de los brebajes corrosivos y mortíferos que ahora se beben, y aquellas señoritas del mediodía de Francia, bien plantadas, maternas, cultivadas y generosas, aficionadas a los animales domésticos y a la vida sencilla y que producían al pasar los movimientos siderales de la astronomía recreativa". El cronista era Josep Pla y el momento, el buen momento, el de la Barcelona moderna —modernista y noucentista—, aquel laico y prolongado instante que empieza, mera convención simbólica, con el exilio de Verdaguer en Vila Joana, ya sin ropaje divino, hecho un hombre doliente y rechazado y que acaba con Pablo

Aquello que pasaba en Barcelona

La capital catalana, según

Unamuno, era una ciudad en toda la extensión moral de ese vocablo

sabido, ocurrió todo: se empezó a construir la Sagrada Familia y se urbanizó carnalmente el barrio chino; se fijó una lengua y se empezó a reescribir el pasado; se levantó el Eixample y se dinamitó el medievo; corrieron regueros de pólvora y de oro. Unamuno escribía, aunque otras veces escribiera lo contrario: "Desde hace tiempo se oye hablar en Barcelona con insistencia de lo civil. Es un sentimiento que allí se fragua. Barcelona es hoy modelo de ciudad española, es donde se está formando una ciudad en toda la extensión moral de este vocablo".

La memoria ha magnificado la influencia que las dos exposiciones —1888 y 1929— tuvieron en ese año. El suceso, el impulso

alegría de gran ciudad se extiende por el aire, un delirio de grandeza se contagia". Ningún enviado especial en tareas de ojeo sobre la Barcelona olímpica ha escrito estas palabras. Son de hace un siglo. Las escribió Maragall, el poeta, el espléndido articulista. Insinúan que hay una sintaxis parecida entre la fundación de Barcelona como ciudad moderna y su refundación de cien años más tarde, auténtica sutura urbana de la guerra y la posguerra civiles. Como lo insinúan otras muchas cosas. Guardemos una: también a principios de siglo hubo arquitectos y urbanistas escribiendo con nombre propio sobre la línea del cielo barcelonés —Gaudí, Domènech i Montaner, Puig i Cadafalch— y a

civil, la encarnarian Oriol Bohigas y un puñado de jóvenes que contra lo que dijeron siempre, si llevaban mucho tiempo pensando en lo que harían cuando alcanzasen el poder. El dinero lo pondría Juan Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional, la más espléndida obra social que nunca le haya tocado en suerte a Barcelona. La crónica quedó en manos del vecino de escalera de Félix de Azúa, el novelista Eduardo Mendoza. Empezó su libro con frase inequívoca, "El año en que Onofre Bouvila llegó a Barcelona la ciudad estaba en plena fiebre de renovación", y le pusieron de título *La ciudad de los prodigios*. No fue necesaria mayor complicidad.

A diferencia de la Barcelona de las primeras décadas del siglo, la Barcelona olímpica es un ejemplo, como lo fuera Seúl, de la importancia contemporánea del acontecimiento a la hora del resurgir ciudadano. El buen o mal momento de una ciudad ya no parece un fenómeno espontáneo, local, sino, como casi todo, un asunto de geopolítica. Con independencia de que un grupo cualquiera de artistas o de marchantes pueda conjurarse para alzar un Barbizon o un Bloomsbury más o menos secretos, el momento plerórico de una ciudad es una

Barcelona ha llegado a su segunda gloria en el siglo a través del acontecimiento, cuando la Ciudad, paradójicamente, ya no es el único lugar donde todo sucede, cuando "los eventos consuetudinarios" de don Juan de Mairena ya no acontecen solamente en la rúa, sino también en las nuevas ciudades mediáticas, es decir, en esa posibilidad del hombre contemporáneo de "vivir" en ciudades simultáneas sin abandonar el salón de su casa. La ciudad, es decir el ámbito de la seducción, de la mirada, del conocimiento, del comercio, del diálogo y del juego compete —y se diría que no con ventaja— con la ciudad de los diversos canales televisivos. Extensas zonas de Nueva York, Madrid, Londres o Milán demuestran cada vez con mayor precisión y repeluzno que la ciudad moderna corre el riesgo de convertirse en un territorio silencioso, escasamente usado, donde la huella de la vida sea cada vez menos honda. Y donde, eso sí, circunstancialmente se levanten gigantescos escenarios que acojan la retransmisión, el suceso político, deportivo,

y que permitan, en ciclos rigurosamente programados, la renovación de sus infraestructuras, de su suelo y de sus antenas, la posibilidad de ser, aun brevemente, alguien en el mundo.

La suerte de Barcelona, de la ciudad, en el próximo siglo, dependerá de su capacidad

za, mera convención simbólica, con el exilio de Verdaguer en Vila Joana, ya sin ropaje divino, hecho un hombre doliente y rechazado y que acaba con Pablo Picasso recorriendo por última vez las calles de la ciudad, en 1934. Entre estos años, es bien

... a extensión moral de este vocablo”.

La memoria ha magnificado la influencia que las dos exposiciones —1888 y 1929— tuvieron en ese auge. El suceso, el impulso externo, tuvo una importancia muy relativa, mucho menor que la repatriación de los capitales americanos o la próspera neutralidad de la primera guerra. El acontecimiento no fue otro que el de la propia ciudad fundándose, ese enorme proceso que por su propia magnitud e importancia alternó durante muchos años en las calles la pólvora y el oro. En ese tiempo hubo ambición, cronistas en piedra, papel o lienzo y oro. Aunque finalmente se extendiera la pólvora.

“Barcelona se incorpora a la vida moderna europea. Se produce un gran trasiego. Se abren anchas vías y por ellas el centro de la población pasa a la ciudad nueva. Todo el mundo juega a la Bolsa, todo el mundo gana: el lujo de los nuevos ricos explota por los paseos y terrazas; una

también a principios de siglo hubo arquitectos y urbanistas escribiendo con nombre propio sobre la línea del cielo barcelonés —Gaudí, Domènech i Montaner, Puig i Cadafalch— y la mayoría de ellos intervinieron con decisión en el debate cultural y político del tiempo. A Pla los arquitectos con nombre propio le inquietaban profundamente: “El siglo XIX —escribía con irónica melancolía— habrá visto un prodigio que ningún otro siglo habrá conocido: se ha reconstruido París, se ha reconstruido Francia y no se ha revelado un solo arquitecto”.

El clarín de la refundación barcelonesa lo hizo sonar Félix de Azúa, ahora lo vemos, el 14 de mayo de 1982: “El caso es que Barcelona está yéndose a pique. Que sus noches son cada vez más breves, y una tristeza de perdedores de Liga se va amparando en las Ramblas”. Barcelona era el Titanic y Azúa levantaba acta del tedio. O sea que estábamos a punto, macerados: la ambición

más o menos secretos, el momento plétorico de una ciudad es una cuestión de Estado. Una cuestión ligada a la reunificación alemana, los Juegos Olímpicos, o el bicentenario de una revolución, antes que al magma civil silenciosamente trabado que en un momento dado decide mostrarse. Bastó la certidumbre olímpica para que de un día para otro la ciudad mortecina de Félix de Azúa apareciera retratada a toda luz en los semanarios ilustrados del mundo entero. Naturalmente, la verdad barcelonesa —es decir aquello de lo que ahora no se trata— seguía su curso bien adentro.

*próximo siglo,
dependerá de
su capacidad
de hacer frente
al simulacro*

antenas, la posibilidad de ser, aun brevemente, alguien en el mundo.

Preguntarse por el buen o mal momento de una ciudad cualquiera de

las conocidas empieza a parecerse a un anacronismo. Es en la ciudad ¿invisible? de cada uno de los canales televisivos a que tenemos acceso donde habrá que empezar a buscar los antiguos signos del éxito o de la decadencia urbana, todas aquellas características que en una ciudad, como en un hombre, permitían la evaluación de su estado: la salud, el dinero, la ambición, el músculo de sus cronistas y los pliegues de su memoria. La suerte de Barcelona en el próximo siglo va a depender, pues, de su capacidad de hacer frente al simulacro. La suerte de Barcelona, la suerte de la Ciudad.

